



EDITORIAL Revista Virtual Redipe: Año 6 Volumen 8

RECIBIDO EL 8 DE AGOSTO DE 2017 - ACEPTADO EL 8 DE AGOSTO DE 2017

La Educación es un encuentro con el otro

Pedro Ortega Ruiz

(España). Director Red Internacional De Pedagogía De La Alteridad

Dice Ortega y Gasset que “no se han hecho bien las cosas hasta que ha hecho falta”, hasta que ha sido necesario, inevitable. Creo que en educación ha llegado el momento de “hacer bien las cosas”, no prolongar, en el tiempo, una situación que, a todas luces, reclama de todos una actuación decidida para cambiar de rumbo y encontrar, entre todos, una manera distinta de educar más respetuosa con el otro de quien somos responsables. Nos va en ello la posibilidad de construir una comunidad en la que nadie se sienta objeto, sometido al arbitrio del poder, sino ciudadano, dueño de su propio destino. La educación incide, por su propia naturaleza, en todas las dimensiones de la persona, también en el ámbito social. No hay una educación indiferente o neutra a lo que vive cada educando, a las circunstancias de su existencia. Siempre es el otro, en la realidad de su existencia, en la urdimbre de su vida, el destinatario de la acción educadora. Educar es ayudar a la construcción de una nueva criatura (persona) y una nueva sociedad, de acuerdo con los principios éticos de la justicia y de la solidaridad. “La vida es quehacer”, dice Ortega y Gasset. La educación de las nuevas

generaciones es también un permanente “quehacer”, una constante construcción plagada de aciertos y fracasos. Pero es también una tarea imposible de realizar si no se tienen algunas convicciones (valores) mínimamente asentadas sobre lo que es el mundo en el que se habita, sobre el hombre y sobre sí mismo. Sólo sobre estas convicciones es posible educar, y sólo sobre ellas es posible vivir como *humanos*.

1. LA SOCIEDAD DE INDIVIDUOS ATOMIZADOS

Cualquier propuesta educativa es deudora de unos supuestos éticos y antropológicos que le dan coherencia y sentido. Pero no sólo se funda en unos principios teóricos, también está condicionada por las “circunstancias” socio-económicas imperantes en la sociedad: modelo de sociedad y tipo de relaciones que se establecen entre los ciudadanos promovidas por ese modelo de sociedad. La educación no “sucede” nunca en el vacío. Se debe a un tiempo y a un espacio, a las condiciones de vida que envuelven a cada educando.



Una de las características más acentuadas de la sociedad desarrollada es la atomización de los individuos. Han desaparecido o se han debilitado hasta el extremo los lazos de afecto, proximidad, fraternidad y solidaridad. La frialdad que caracteriza a esta sociedad se ha convertido casi en un “universal antropológico”, en un elemento constitutivo de la vida social. Las relaciones sociales han pasado a convertirse en relaciones meramente pragmáticas, utilitaristas, mercantiles, sin dar lugar a relaciones de fraternidad o compasión solidaria (Maiso, 2016). El resultado es un conglomerado de individuos aislados, atomizados que no soportan el mundo de frialdad en el que se ven inmersos, pero que tampoco ven posibilidades de revertir esta situación. Es una sociedad que proscribiera la esperanza, que ha hecho del miedo y la impotencia armas “legítimas” para su propia supervivencia.

La sociedad de individuos atomizados es el resultado, además, de la *razón instrumental* que legitima cualquier acción al margen de la consideración del hombre como fin en sí mismo. Un orden social, y las relaciones sociales que lo configuran, va acompañado de una determinada concepción del mundo y del hombre. Uno no se da sin la otra. Son el anverso y el reverso de una misma realidad. La categoría del individuo está engarzada con un orden social determinado a quien le debe literalmente su existencia. El individuo es el simple reflejo de las relaciones sociales establecidas (Weber, 2002). Por ello, pretender entender un sistema socioeconómico al margen de la ideología que lo sustenta es un grave error. La filosofía idealista ha contribuido, en gran medida, a la constitución del Yo como entidad originaria, autosuficiente al margen de toda relación con el mundo y con los otros. Y esta antropología no relacional, no dialógica impregna el pensamiento de la sociedad desarrollada, y se traduce en las relaciones de “frialdad” que se establecen entre los individuos. Cada uno debe actuar y utilizar sus propias

capacidades sólo en su propio provecho para asegurar así su subsistencia y su estatus en un entorno social hostil. De este modo, la lucha de todos contra todos se convierte en el principio de organización social. Esto incide en el carácter de los seres humanos, en cómo afrontan la existencia de cada día, permeando incluso sus estratos más íntimos (Maiso, 2016).

Es cierto que junto a estas muestras de “frialdad” en las relaciones sociales, se dan también otras que manifiestan el lado más humano, solidario del hombre. Las múltiples organizaciones de voluntariado presentes en todo el tejido social son otras tantas formas de expresar la solidaridad entre los pueblos y entre los individuos. Son el rostro compasivo de esta sociedad. Pero estos lazos de afecto y solidaridad conviven de forma paralela a aquellas otras relaciones que oprimen y marginan. Forman dos mundos separados que mutuamente se ignoran y toleran mientras que el sistema económico imperante no se vea amenazado. En la sociedad de individuos atomizados existe la amistad, el afecto y el amor, incluso la compasión solidaria, pero desligadas de las relaciones que rigen el orden socio-económico que permanece fiel a sus propias reglas. Se trata de dos esferas que coexisten en una contradicción no resuelta; su escisión atraviesa toda la vida personal de cada individuo y trasciende a las organizaciones sociales (Maiso, 2016).

La educación debe tener en cuenta esta realidad si quiere ser una propuesta educativa y no juegos de artificio; si se propone abordar la situación o contexto del hombre *allí donde vive y como vive*. Educar es preparar, ayudar a vivir y ejercer de *humano*. Y entonces la “circunstancia” en la que vive cada educando se convierte en la piedra de toque para discernir y juzgar si educamos o hacemos “otra cosa”. No es separable la educación del contexto en el que se educa. Y en un contexto en el que el individuo es forzado a la sumisión y a la dependencia de



un sistema injusto, el objetivo de la educación no es la integración en este tipo de sociedad, sino su crítica y su denuncia.

2. LA EDUCACIÓN ES UNA ACTIVIDAD ATRAVESADA POR LA ÉTICA

Si analizamos lo que es *educar*, descubrimos de inmediato que es un acto atravesado por la ética, o lo que es lo mismo: una relación entre educador y educando que se resuelve en un acto de *responsabilidad*. Pero esta responsabilidad no se ejerce en el vacío, en la nada y frente a un individuo sin historia ni contexto, sino hacia *alguien* en la existencia concreta de una vida también concreta; en la única manera de existir que tiene el ser humano, atado siempre a la “circunstancia”.

La educación es siempre un acontecimiento *ético* que rompe la indiferencia y enclaustramiento del “yo” para formar parte del otro; más aún, para explicarse y realizarse como *humano* en su relación de apertura hacia el otro. Es un encuentro de dos por el que la existencia de ambos (educador y educando) adquiere una nueva dimensión, la define y la constituye como *humana*. Y aquí radica la originalidad, la excepcionalidad de la educación. Fuera de esta relación responsable, es decir, ética, no se educa, sólo se instruye o se adiestra en el aprendizaje de destrezas y competencias, dejando de lado aquello que más identifica al ser humano: su capacidad de responder éticamente *ante* el otro, y responder *del* otro.

Durante mucho tiempo, la pedagogía se ha centrado en hacer de la enseñanza un ejercicio magisterial de transmisión de saberes. Ha habido una praxis y una manera de entender la educación como una actividad planificada y tecnificada en todo su proceso, ignorando que la acción educativa, en las múltiples variables que inciden sobre ella, hacen muy difícil su control. La concepción idealista del hombre ha impregnado toda la acción del profesor, convirtiéndolo en

un mero ejecutor de un proyecto ilustrado que ignora que el hombre, además de pensar, también sufre y goza, siente y padece. Es la antropología idealista la que ha impedido acercarse al ser humano como ser histórico, corpóreo y vulnerable. “El problema en el que se ha encontrado la pedagogía es que sólo ha tenido como referente o soporte antropológico y moral la explicación individualista, monádica del ser humano, más concretamente la imagen del hombre que se fraguó en la Ilustración y que la filosofía kantiana recoge en todas sus versiones” (Ortega, 2004, 83). Frente a la antropología kantiana, he optado, desde hace bastantes años, por una concepción del hombre que tiene su base en la antropología y ética material levinasianas, enraizadas en la condición histórica del hombre, impensable fuera del tiempo y del espacio. Y lejos de entender la educación como una acción planificada, tecnológica, en la que lo único que cuenta son los resultados académicos que de ella se esperan, propugno una educación como *acontecimiento ético* que da cuenta del hombre en toda su realidad, como ser histórico, situado en el espacio y en el tiempo (Bárcena y Mèlich, 2000).

La educación para el *encuentro con el otro* sólo se puede entender desde la ética de la alteridad levinasiana. Desde el pensamiento levinasiano, la acción educativa es una relación de alteridad, una relación con el otro; es la irrupción de alguien en mi vida que rompe y quiebra la soledad de mi “yo”. El otro es una palabra que viene de fuera, que habla en imperativo y que me demanda una responsabilidad más allá de todo pacto o consentimiento. Es una “orden” a la que no me puedo negar sin poner en riesgo mi propia identidad como sujeto moral. “El prójimo me concierne antes de toda asunción, antes de todo compromiso consentido o rechazado. Estoy unido a él que, sin embargo, es el primer venido sin anunciarse, sin emparejamiento, antes de cualquier relación contratada. Me ordena antes de ser reconocido” (Levinas, 1999, 148).



La acción educativa aparece, entonces, como acogida responsable, como acción hospitalaria hacia el otro “extranjero” que demanda una respuesta ética, responsable e indeclinable. La ética no es entonces una finalidad de la acción educativa, sino la condición de la posibilidad misma de la educación. Es una filosofía de la educación que acepta el reto del cuidado y acogida del otro como base fundamental de la acción educativa. Las otras éticas ilustradas pasan por encima de la situación concreta de cada ser humano; su circunstancia es ignorada y sólo sirve de pretexto para elaborar un discurso idealista que nada tiene que ver con la urdimbre de la vida en la que se resuelve la existencia de cada individuo. El *encuentro con el otro*, por el contrario, responde a una ética de acogida y responsabilidad; es obediencia a un mandato que nos hace responsables del otro; es una ética que se traduce en servicio y hospitalidad. “Ese otro con el que me relaciono, y que me permite la entrada en un espacio asimétrico de *alteridad* ... es un otro que reclama una relación de *hospitalidad* con él, una relación *desinteresada* y gratuita. Me pide una relación de donación y acogida” (Bárcena y Mèlich, 2000, 146).

El *encuentro con el otro*, en educación, exige estar atento a las condiciones de vida del otro, ser sensible a sus esperanzas y necesidades, a sus éxitos y a sus frustraciones; en una palabra, a su *vida*. Pero esta actitud de “salida hacia el otro” “no viene de la mano de una pedagogía idealista, instalada en una filosofía de los “grandes principios”. Es más bien resultado de una ética de la situación que asume la respuesta a las necesidades del otro como condición irrenunciable de la vida ética, es decir, responsable” (Gárate y Ortega, 2013, 137). Es esta ética de la responsabilidad, de hacerse cargo del otro, la que sirve de soporte a la pedagogía del encuentro con el otro. Aquella que rechaza toda consideración del otro como simple objeto de conocimiento o de dominio, la que se resiste a reducirlo a “tema” sobre el que

hay que debatir. La pedagogía del encuentro con el otro “es una nueva forma de “mirar” al hombre y al mundo, una manera distinta de acercarnos al ser humano y de estar presente en el mundo... una filosofía de la educación y de la vida que nos hace cómplices de todo ser humano, empezando por el que tenemos más cerca” (Gárate y Ortega, 2013, 137).

Si la educación es tarea de la tribu, como dice un refrán africano, la situación de aislamiento en la que vive el ciudadano de hoy no favorece una pedagogía del encuentro como la que aquí se propugna. La antigua pregunta bíblica: “¿Soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?” se hace presente y activa en la racionalidad instrumental que ha conformado un modo de pensar y un estilo de vida individual y social atravesado por un pragmatismo, carente de sentido ético, que no encuentra diferencia alguna entre bondad y crueldad, entre egoísmo y autoentrega, afirma Horkheimer (2000). Nada escapa a este espíritu individualista que configura el estilo de vida de la sociedad occidental desarrollada. Algunos síntomas reflejan hasta qué punto la indiferencia, cuando no la negación del otro, su descarte y marginación han penetrado en todos los ámbitos de la existencia humana, convirtiendo la vida de cada individuo en insignificante, en prescindible. La incapacidad del sistema económico, basado en el crecimiento sin medida, para integrar en una relación laboral asalariada a sectores cada vez más grandes de la población mundial, y de hacerlo asegurando una existencia digna y con derechos, está conduciendo a un crecimiento exponencial de población “sobrante”. Esa población es expulsada a formas de vida inhumanas, precarias y degradantes (Rivas, 2016). Por otra parte, la xenofobia y el racismo, envueltos en las distintas formas de nacionalismo, amenazan con construir un “nosotros” excluyente. Estigmatizar al otro, al que viene de fuera, y querer construir muros a la situación de privilegio en la que viven unas minorías en este mundo global sólo puede



generar una escalada de violencia difícil de gestionar (Prada, 2012).

En este contexto, ¿se puede educar de otra manera? ¿es posible responder desde la ética a la pregunta bíblica: “¿Soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?”, ¿existen salidas a esta situación de vida inhumana en la que se ven inmersos tantos ciudadanos? Pero si tales salidas existen, éstas no pueden reducirse a un simple cambio en la política económica o en soluciones tecnológicas. Se hace indispensable un cambio radical de paradigma, una transformación integral en nuestros estilos de vida que implique a las instituciones socio-políticas, que conlleve la apropiación de valores éticos como columna vertebral de la convivencia. Y en esta tarea la educación para el encuentro con el otro ocupa un lugar central.

Podría pensarse que la pretensión de una sociedad *humanizada*, en la que la educación desempeña un papel insustituible, es un “brindis al sol”, una utopía, y como tal, irrealizable. Pero no podemos renunciar a ella si seguimos creyendo en la educación como palanca de transformación social. La utopía es nuestra compañera de viaje; nos aferramos a ella buscando un destino feliz que nos libere de nuestras carencias, del peso insoportable de la opacidad de la vida. Buscamos un ideal de realización humana que se nos resiste, que siempre se nos escapa. Sin embargo, nunca lo podemos apartar de nuestro horizonte de vida. Si prescindimos de la utopía de hacer de este mundo una casa habitable para todos, ¿qué nos queda entonces que merezca la pena para seguir viviendo?

3 ¿QUÉ SIGNIFICA EN LA EDUCACIÓN EL “ENCUENTRO CON EL OTRO”?

Un breve análisis fenomenológico del *encuentro con el otro* nos lo presenta como un *acontecimiento* que:

a) Se produce siempre con *alguien que nos transforma, que cambia el rumbo de nuestro viaje. Es una experiencia que afecta a toda nuestra vida*. En el encuentro con el otro se obra el milagro de dejar en un segundo plano aquellas cosas que nos ocupan, que llenan nuestro tiempo, para dar entrada a la palabra, a la experiencia del otro. El “yo” cede la primacía al “tú”, como si renunciásemos a decir “nuestra” palabra y sólo estuviésemos pendientes de la palabra del otro. En el *encuentro con el otro* somos transformados interiormente, somos inundados por la presencia ética del otro; es un punto en el que algo nuevo se funda, en el que algo nuevo se construye; es un acontecimiento que vivimos de un modo muy personal; que nos pasa a nosotros de un modo intransferible y deja en nosotros una huella profunda. En el *encuentro con el otro* aflora y se expresa el otro que llevamos dentro, que nos posee y nos transforma; el otro que nos habita en la radicalidad de nuestra existencia como humanos, el que nos constituye en sujetos morales. “El modo propio de ser del hombre más que ser *con* el otro (*mit sein*), es un ser *para* el otro, que no se explica *desde sí y en sí*, sino *desde el otro*, en una clara relación asimétrica que prescinde o ignora toda reciprocidad entre el yo y el tú” (Ortega, 2016, 251). El hombre, en su estructura radical, es un ser quebrado, fracturado, roto por la presencia inevitable del otro.

El *encuentro con el otro* requiere un nuevo lenguaje que trasciende la palabra y se expresa en la actitud de escucha, de respeto y acogida al otro, en la voluntad decidida de acompañarlo en las circunstancias de su vida. Más que presencia objetual, material, el otro es epifanía de una realidad profunda que sólo se hace reconocible cuando, desde la ética, traspasamos la barrera de la corporeidad, los límites de una circunstancia. El otro, en la “significación” de su rostro, es vulnerabilidad, radical necesidad, no reducible nunca a la consideración de un objeto.



b) El *encuentro con el otro* acontece en la *igualdad* ética, no en la superioridad o sumisión del uno al otro. Nos encontramos con el *otro* cuando descendemos de la cabalgadura de nuestra supuesta superioridad moral, y nos situamos en el mismo lugar (categoría) en el que está el otro. Desde “arriba” no cabe la relación ética, tampoco la educación. Desde “arriba” siempre se da una posición de dominio en la relación con el otro, propia de las éticas ilustradas, incapaces de verlo como “el otro” irreductible a mi “yo”, que se resiste a ser tematizado. En la ética nadie está “arriba” y “abajo” en una relación de asimetría moral. La ética nos iguala a todos en la consideración de una igual dignidad. Esta consideración del otro cuestiona toda una forma de pensar y hacer la educación que la hace descansar sobre una concepción del profesor como depositario del saber y autoridad moral sobre el alumno. Responde a una praxis impositiva de la disciplina en el aula y a una búsqueda autoritaria de la verdad y del conocimiento. Desde aquí, el profesor se convierte en la única fuente del saber y en la principal norma de conducta.

Pero la relación entre educador y educando no se inscribe en una relación de poder, sino de ayuda y servicio. El poder convierte la asimetría en posesión y opresión, al educador en amo y al educando en esclavo (Mèlich, 1998). El *encuentro con el otro*, si se hace desde la igualdad ética de profesor y alumno, se convierte en una relación de servicio y ayuda al otro (educando), dejando que él mismo vaya construyendo, en la libertad, su propio proyecto de vida.

c) El *encuentro con el otro* no se da en el vacío, en “tierra de nadie”, sino en una *circunstancia* (contexto) concreta de la existencia del otro, en la única manera de vivir que tiene cualquier ser humano. Fuera del “aquí y del ahora” es impensable la existencia humana, pero de igual manera el encuentro con el otro. No nos

encontramos con la esencia del hombre, ni con su inteligencia o cualidades, sino con el ser vulnerable que ama y odia, que sufre y goza, que vive en la precariedad de la contingencia. Es el ser humano *histórico*, corpóreo nuestro interlocutor, nuestro compañero de viaje, y de éste debemos responder cuando pretendemos educar. “En una relación educativa no hay lugar para la abstracción que cierra los ojos a la singularidad de cada ser humano, a la circunstancia que le condiciona. ¿Quién puede expresar o interpretar los sentimientos del inmigrante que se ha visto forzado a abandonar su tierra y sus raíces, arriesgando su vida y su identidad? ¿O la situación de desamparo que sufren los desahuciados, las mujeres explotadas en el comercio del sexo, los niños abandonados en la calle, los encarcelados en prisiones inhumanas, los que huyen de los países del hambre y de la miseria...” (Ortega, 2016, 256-257).

La filosofía idealista nos ha impedido pensar y hacer una educación enraizada en la vida de cada educando, nos ha impedido encontrarnos con la realidad del hombre del que debemos responder éticamente. No hay posibilidad alguna de encontrarnos con el otro si “damos un rodeo”, si nos escandalizamos de la condición limitada, terrena del hombre, si nos resulta difícil admitir su precariedad, sus carencias y necesidades y nos refugiamos en una concepción angelical del hombre que nos ahorra toda pregunta *responsable (ética)* sobre sus condiciones de vida. Esta antropología de la trascendencia y la ética idealista nos ha hecho sentirnos indiferentes a la conducta o situación del otro, a la realidad incómoda que envuelve la vida del otro. Nos ha conducido a ver fantasmas, caricaturas de hombres que nada nos dicen porque han dejado de ser humanos para nosotros. En la antropología y ética levinasianas no existe el hombre “ideal”, incontaminado que tantas veces hemos soñado. Existe este hombre o mujer concreto, el que vive esperanzado o



desengañado, el que tiene éxito y el fracasado. Siempre se vive en una determinada situación, aquí y ahora. Es la única manera de vivir que tenemos los humanos. *Y es aquí donde hemos de encontrar al otro*. No podemos encontrarnos con el “otro” situados en un mundo alejado de la vida de los humanos, huyendo de todo peligro para no “mancharnos las manos”. Llevar esto a la práctica es condición indispensable para educar, para llevar a buen término la ayuda al crecimiento y desarrollo humano del otro.

d) El *encuentro con el otro* exige una actitud constante de *salida de sí mismo*, una renuncia a todo lo “añadido” en nuestra vida, un reconocimiento de nuestra realidad, de la *verdad de nuestra vida*. Exige “abajarse”, despojarse de los prejuicios y ataduras que impiden ver al otro (educando) como alguien que espera ser reconocido en su dignidad de persona (Ortega y Gárate, 2017). Desde la superioridad moral (arrogancia) no es posible el “encuentro” con el otro. Sólo en la verdad nos podemos encontrar con el otro. Y la verdad del hombre es limitación, vulnerabilidad, debilidad, pobreza... El prof. Mèlich (2010) encuentra en el buen samaritano del pasaje evangélico de Lucas (10, 30-38) el mejor ejemplo de lo que significa “abajarse”, salir de sí mismo para encontrar al otro. Sólo encuentra al otro (desvalido) cuando baja de su cabalgadura, cuando hace suya la situación del otro, prescindiendo de toda prescripción legal, cuando renuncia y deja aparte su “dignidad”. Es ahí, “abajo”, donde el buen samaritano encuentra al hombre caído, vulnerable y necesitado. Y es ahí, abajo, donde se produce el acontecimiento “salvador” para ambos: el uno, porque es atendido y curado, acogido en su dignidad de persona; el otro, porque actuando con entrañas compasivas, se libera de la indignidad ética de quien “pasa de largo”, de quien se olvida de su propia carne. Siempre se produce la liberación personal cuando uno arriesga su libertad por la libertad del otro. Nunca somos más libres que cuando la “perdemos” por la libertad del otro.

Y esta “pérdida” es el camino para nuestra identidad moral. “Yo estoy inscrito en una constelación de sujetos y mi identidad no sería tal sin la construcción de los otros. Yo me hago a mí mismo, pero en medio de los otros y por los otros. La condición fundamental para que yo sea un sujeto es que todos los otros lo sean también” (Abadallah-Pretceille y Porcher, 1996, 50). La renuncia de sí deja el espacio libre para que lo ocupe el otro. De este modo, alejamos de nosotros la tentación constante de convertirnos en señores (tiranos) del otro. Es ahí, en el “abajamiento” donde se produce el encuentro ético con el otro, donde se dan las condiciones para educar.

e) El *encuentro con el otro* es un acto de amor, de *entrega para dar vida al otro*. Puede parecer inapropiado hablar de *amor* en educación cuando el discurso educativo tiende a situarse más en el ámbito científico. Tal prejuicio carece de fundamento. H. Arendt (1996, 208) no duda en calificar a la educación como un acto de amor: “La educación es el punto en que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina...” El *encuentro con el otro* genera vida cuando hay entrega, donación de sí. No me puedo poner en la piel del otro desde la autosuficiencia o prepotencia, desde el enclaustramiento de mi “yo”. La compasión hacia el otro conlleva siempre sufrimiento. “Para mi el sufrimiento de la compasión, el sufrir porque otro sufre, no es más que un momento de una relación mucho más compleja, y también más completa, de responsabilidad respecto del otro” (Levinas, 1993, 133). Si el que educa no es capaz de sufrir con el sufrimiento del otro, si el sufrimiento del otro no es más importante que el propio sufrimiento, no se es capaz de educar. El *encuentro con el otro* se torna estéril, inútil cuando sólo vemos en el otro alguien a quien “conquistar”, el pretexto u ocasión para transmitir e imponer nuestras ideas o supuestas verdades.



Encontrarse con el otro conlleva la *escucha atenta* del relato de su vida, de su experiencia vital. De otro modo, sólo nos encontraremos con nosotros mismos, porque tampoco hemos salido de nosotros. El maestro, en el aula, cuando acoge al alumno se convierte para él en lugar de acogida y de fraternidad, de reconocimiento y de comienzo de algo nuevo en su vida. ¿Cuántos profesores preguntan a sus alumnos por cómo viven, sus dificultades, necesidades, aspiraciones...? ¿Cuántos profesores son vistos por sus alumnos sólo como enseñantes de conocimientos, alejados de la vida real de los alumnos? ¿Cuántos alumnos se sienten confiados en sus profesores para hacerles partícipes de sus preocupaciones? No hay encuentro con el otro si no se produce en aquello que es importante para la trayectoria de su vida, si se hace abstracción de las circunstancias que condicionan el presente y el futuro de cada individuo.

f) *Encontrarse con el otro*, salir a su encuentro exige, más de una vez, la *denuncia de la situación de injusticia* que atrapa y priva de dignidad al que se encuentra sumido en ella. Educar es hacerse responsable del otro, *responder de él*. Pero el otro es también su circunstancia, sus condiciones de vida. Por ello la acción de educar lleva consigo un componente político del que no puede prescindir. La acción de educar nunca ha sido una tarea cómoda, por el contrario, complica la vida del educador. Ha de llevar la luz y la esperanza allí donde se juega la suerte del otro, porque la situación en la que éste vive no le es ajena, ni indiferente al educador, forma parte de éste como pregunta y como respuesta. El hombre se salva en su realidad *histórica*, en la única manera que tiene de existir.

La ética levinasiana es compasión, es acogida y compromiso con el hombre histórico de quien debe responder. Las éticas ilustradas, por el contrario, se nos muestran insuficientes para dar una respuesta *responsable, histórica* a las

situaciones concretas que afectan al hombre de hoy. Desde las éticas ilustradas (de inspiración kantiana) “existe el riesgo de que la razón quede reducida al dominio de la argumentación por parte de los que tienen poder o competencia de habla, dejando a los *otros* al margen de toda posibilidad de participación efectiva en el discurso” (Ortega, 2004, 77).

La pedagogía de la alteridad, en tanto que encuentro con el otro, no puede pasar por alto las circunstancias históricas de cada ser humano. Asistimos a una creciente globalización de la *indiferencia* para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros. La sociedad desarrollada se ha vuelto incapaz de compadecerse ante los sufrimientos de los otros; ha levantado muros frente a la miseria y pobreza de los otros como si en su situación inhumana no tuviera responsabilidad alguna.

El *encuentro con el otro* es un acto de *compasión* (salir a su encuentro) que no se da separado de la justicia. La compasión no sule a la justicia, es inseparable de ésta. Y es la justicia y la compasión las que nos acercan al hombre concreto, no ideal. Cuando se hace abstracción de la realidad del otro, se le está despojando de su vida, de lo que vive y de cómo vive. La compasión, al ser también justicia, es liberación de todas las ataduras que impiden vivir como *humanos*, aquí abajo. Y romper las ataduras exige la resistencia al “mal” y su denuncia. Todos los esfuerzos por erradicar el sufrimiento de tantos inocentes están condenados al fracaso mientras no se dirijan a las raíces que lo provocan. Si algo puede detener el “mal” es la identificación de las condiciones que lo hacen posible y el compromiso decidido por erradicarlo. Y aquí la pedagogía de la alteridad, como denuncia y resistencia, juega un papel insustituible.

g) *Encontrarse con el otro* es abrirse a la *esperanza*, es un *acto de confianza* en el otro. Es extraño que nuestro discurso y nuestra praxis



educativos no hayan prestado más atención a esta dimensión antropológica, esencial para la existencia y vida humanas. Sin esperanza se hace imposible vivir, pero también educar. En la educación se inicia un camino que no es posible transitar si no hay esperanza, la confianza imprescindible para sortear las dificultades que hacen difícil seguir caminando. Educamos porque esperamos añadir, dar algo valioso a la vida de nuestros educandos. Cuando dejamos de esperar, también dejamos de educar. “Se podría comparar al educador con la figura del agricultor que prepara cuidadosamente su tierra para la siembra. Selecciona la mejor semilla, abona bien el campo y la riega en el momento oportuno. Mientras realiza estas tareas no hace otra cosa que trabajar y esperar. ¿Cómo podríamos entender su trabajo si no va acompañado de la esperanza?” (Ortega y Gárate, 2017, 153).

La tarea educadora del profesor está herida de muerte cuando éste deja de hacerse preguntas sobre qué quiere hacer en su tarea educadora, cuando la convierte en una rutina, cuando el otro (educando) deja de ser una pregunta que espera una respuesta, cuando actúa como si todo estuviese planificado y controlado, cuando el resultado ya está previsto de antemano. Ya nada se puede esperar porque desconoce al ser humano que tiene delante: un ser incompleto, inacabado, sometido a la omnipresente circunstancia. La esperanza se da en la contingencia, en la provisionalidad, en la limitación del ser humano. Vivimos inevitablemente instalados en la precariedad, dando respuestas siempre puntuales a las situaciones de hoy. Y por ello, vivimos en la esperanza y somos seres siempre “esperantes”. La educación prepara, en la esperanza, para una respuesta ética a cada situación concreta, puntual porque nada está acabado, hecho definitivamente. Volver a la antropología, a la realidad de la existencia humana, nos podría ayudar a introducir la esperanza en la tarea

educadora.

h) En el *encuentro con el otro* nos encontramos con *alguien*, no con una idea o ente abstracto, sacado del tiempo y del espacio. Y lo hacemos no sólo con las palabras, sino también a través de la experiencia de nuestra vida. Si el *encuentro con el otro* se produce desde la verdad y en la verdad, en cómo vivimos, se genera entonces una corriente de vida que se expresa en el reconocimiento y en la acogida. Ya no hay extraños, sino prójimos (próximos) que comparten parcelas de vida, preguntas, sufrimientos y gozos, incertidumbres... “Hasta que el educando (el otro) no ocupe un lugar en la vida del educador, no será real la significación ética del otro. Habrá sólo una pregunta que espera respuesta, pero aún no habrá educación” (Ortega y Gárate, 2017, 174). El *encuentro con el otro* nos pone delante al ser humano tal como es, no a una imagen idealizada o amable del mismo. Son sus virtudes y sus defectos, sus capacidades y sus carencias, sus éxitos y sus fracasos, sus aspiraciones y sus esfuerzos, en una palabra: su *vida* con la que nos encontramos cuando nos acercamos a él. Y en este *encuentro con el otro* no se generan sólo nuevas ideas, sino también nuevas experiencias; se deposita una pequeña semilla de algo nuevo que empieza a transformar la vida del educador y del educando.

i) El *encuentro con el otro* es un acto liberador. Nos libera de nuestro aislamiento, de la soledad de nuestro “yo” para reconocernos en el “nosotros”, en la comunión con el otro. Todo lo que es vida está llamado a generar más vida. Sólo la negación del otro, la indiferencia hacia el otro genera muerte. Supone la negación radical del ser humano que es, en su raíz, un ser *habitado* por otro. La acogida al otro es la afirmación más explícita que se puede hacer del ser humano: *un ser de comunión*. Con la acogida empieza todo proceso de liberación, para el educador y para el educando: Se rompen las ataduras que nos aprisionan en nuestro “yo”, y se incorpora al



otro al ámbito de una relación ética. Ya nada es igual; comienza algo nuevo. Me gusta recordar una frase de la filósofa H. Arendt, en su obra: *La condición humana*. Dice así: “Los hombres, aunque han morir, no han nacido para eso, sino para comenzar algo nuevo”. Con nuestra acogida *compasiva* algo nuevo empieza en los alumnos: *la experiencia de ser escuchados, reconocidos y amados*. El comienzo de una vida *humanizada*.

4. ¿QUÉ HACER?

a) Ante todo un *cambio de actitud* del profesor en su tarea educadora que le lleve a estar atento, solícito para descubrir en el rostro de los alumnos la exigencia de que ellos esperan, necesitan a *alguien* que les acoja, que les cure de sus heridas y que abra en sus vidas una puerta a la esperanza. Quizás pase desapercibido para el profesor que su *encuentro* con el alumno es la *única manera que tiene de educar*; quizás no esté atento a muchos de los alumnos que se acercan a él buscando la ayuda y la comprensión, ser *reconocidos y acogidos*; quizás pase desapercibido para el profesor que los alumnos, aun sin pretenderlo, le enseñan a vivir de un modo más humano, más solidario y fraterno, alejado de las relaciones cainitas tan frecuentes entre los humanos. Es el magisterio de los de “abajo”, de aquellos que enseñan, desde su vulnerabilidad y necesidad, sin las máscaras con las que solemos ocultar la *verdad* de nuestra vida, que todos somos *débiles y necesitados*; quizás le falte al profesor la confianza suficiente para seguir esperando del alumno la firmeza de que él puede llegar a ser el constructor de su proyecto de vida por el que merece la pena “salir de sí” y encontrarse con el otro en la realidad (circunstancia) de su vida.

b) Un *cambio en el discurso* educativo que llevará, por coherencia, a un cambio también en la praxis educativa. Se hace “indispensable una nueva antropología y una nueva ética; una nueva manera de entender al hombre en su relación

con el mundo y con los demás. Este es el camino indispensable para transitar hacia una nueva educación que tenga en cuenta al ser humano en toda su realidad socio-histórica” (Ortega y Gárate, 2017, 200). Siempre que educamos lo hacemos a partir de una antropología y una ética. Nunca lo hacemos desde el vacío, desde la nada. Si “cada tiempo tiene su construcción ética que se mueve en torno a un eje específico” (Mate, 2011, 246), *nuestro* tiempo reclama una ética que se fundamente en la responsabilidad indeclinable hacia el otro, sin más argumentos que la “autoridad” del rostro vulnerable y necesitado de ser compadecido. Esta ética fundamenta una educación como hospitalidad y acogida, como pedagogía del *encuentro con el otro*.

Sería muy conveniente que nos hiciésemos, con frecuencia, algunas preguntas: ¿Cabe una educación que no sea acogida y responsabilidad, que no sea hospitalidad y responder del otro? ¿Se puede educar si no es a partir del otro, de su situación o contexto (circunstancia)? ¿Educamos cuando sólo tenemos en cuenta “nuestras” pretensiones y no las necesidades y aspiraciones de los educandos? ¿Se puede educar cuando se deja fuera de la tarea educadora los sentimientos, actitudes, valores que configuran todo proyecto de construcción personal? ¿Se puede educar desde una concepción idealista del ser humano que sobrevuela su realidad histórica, lo que está viviendo y cómo lo está viviendo? Sin asumir lo humano, y *todo lo humano*, no hay educación posible. Y sin responder del otro en toda su realidad, tampoco.

c) Y por último, *tomarnos en serio la tarea de educar*. Los que hemos asumido la tarea de educar no podemos ignorar la demanda de tantos que esperan “otra educación”, una manera distinta de hacer las cosas más respetuosa con la dignidad del otro. Esperan que los educadores seamos referentes éticos, testigos de aquello



que enseñamos; que hagamos de nuestra profesión el ejercicio de un servicio ejemplar a la comunidad. Y entonces, ya no cabe cerrar los ojos o permanecer como espectadores de un “asunto” que no nos atañe. La formación de las futuras generaciones es asunto de todos, pero sobre todo de aquellos que tenemos como tarea principal la responsabilidad de *educar*. “Hay que mancharse las manos”, afrontar la tarea de *ayudar a humanizar* la vida de aquellos de quienes somos responsables.

“Debemos hacer lo que hay que hacer, sin esperar a mañana, y no mirar para otro lado”, debería ser un principio que guíase nuestra conducta, en el convencimiento de que actuando así siempre tenemos presente al otro como invitado inevitable a nuestra mesa. La vida de cada uno de nosotros sólo se justifica, sólo tiene *sentido*, si hacemos todo lo que está en nuestras manos por *humanizar* la vida de los otros, si trabajamos por construir una sociedad más justa y solidaria. Confieso que la magnitud de la tarea nos puede llevar al desánimo y a la impotencia. Nos vendría muy bien, en tal situación, recordar las palabras de H. Adams dirigidas a los maestros: “Un maestro afecta a la eternidad, nunca sabe dónde termina su influencia”.

Educar *desde el otro y para el otro* nos permite enraizar la acción educativa en la vida concreta de cada sujeto, no en una imagen ideal sin significado alguno para la educación. En el discurso pedagógico todo individuo es siempre pregunta para el educador, y pregunta que demanda una respuesta. Y ésta se traduce siempre en escucha y acogida. Olvidar esto es tanto como renunciar a educar. Estoy convencido de que muchos profesores de centros de enseñanza, en núcleos urbanos y en barrios marginales, en España y en México, podrían suscribir estas palabras: “No puedo desprenderme de una herencia que ha marcado en un sentido mi trayectoria de vida, que me

ha enseñado a situarme en el mundo de una manera y me ha hecho ver que el “otro” no es el infierno, como sostiene Sartre. Al contrario, el otro es el rostro en el que veo mi propia imagen” (Gárate y Ortega, 2013, 194). Estos maestros anónimos hacen de este mundo una casa habitable para todos.

Los educadores somos responsables, no sólo de las generaciones presentes, también de las venideras. Lo que ha de ser la sociedad del futuro depende de lo que nosotros hagamos ahora. Estoy convencido de que otra educación es posible; que las cosas se pueden hacer mejor; que la escuela puede ayudar a alumbrar una *nueva sociedad* en la que cada ser humano sea reconocido en toda su dignidad. El camino es largo y difícil, lleno de obstáculos, pero merece la pena recorrerlo. Está en juego la vida en dignidad de muchos otros y también la propia, la nuestra. Reconozco que una escuela con rostro *humano, liberadora* es una utopía, pero no podemos renunciar a ella si seguimos creyendo en la escuela como institución transformadora de la persona y de la sociedad, si seguimos viéndonos como buenos samaritanos que se “manchan las manos”, que se complican la vida para hacer posible una vida digna para todos. Y no esperemos recompensa alguna por nuestro trabajo. Lo que hoy se siembra, otros, a su tiempo, recogerán sus frutos. Mientras tanto, hagamos aquello que debemos hacer: poner todo nuestro empeño en ser para cada uno de nuestros alumnos el rostro *humano* que necesitan en su proceso de formación, la ayuda necesaria para el nacimiento de una *nueva criatura*.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABDALLAH-PRETCEILLE, M. y PORCHER, L. (1999) *Education et communication interculturelle* (Paris, PUF).
- ARENDT, H. (1996) *Entre el pasado y el futuro* (Barcelona, Península).
- ARENDT, H. (2005) *La condición humana* (Barcelona, Paidós).
- BÁRCENA, F. y MÈLICH, J. C. (2000) *La educación como acontecimiento ético* (Barcelona, Paidós).
- GÁRATE, A. y ORTEGA, P. (2013) *Educación desde la precariedad. La otra educación posible* (Mexicali, Cetys-Universidad).
- HORKHEIMER, M. (2000) *Anhelos de justicia* (Madrid, Trotta).
- LEVINAS, E. (1993) *Entre nosotros* (Valencia, Pre-textos).
- LEVINAS, E. (1999) *De otro modo que ser o más allá de la esencia* (Salamanca, Sígueme).
- MAISO, J. (2016) Sobre la producción y reproducción social de la frialdad, en: J. A. Zamora, R. MATE y J. MAISO (Eds.) *Las víctimas como precio necesario* (Madrid, Trotta).
- MATE, R. (2011) *Tratado de la injusticia* (Barcelona, Anthropos).
- Mèlich, J. C. (1998) *Totalitarismo y fecundidad* (Barcelona, Anthropos).
- MÈLICH, J. C. (2010) *Ética de la compasión* (Barcelona, Herder).
- ORTEGA, P. (2004) La tarea de educar, en M.^a T. YURÉN y S. S. ARAÚJO (Coords.) *Caleidoscopio: Valores, ciudadanía y ethos como problemas educativos* (Morelos-México, Universidad Autónoma), pp. 59-91.
- ORTEGA, P. (2010) Educar es responder a la pregunta del otro, *Revista Edetania*, 37, pp. 13-33.
- ORTEGA, P. y GÁRATE, A. (2017) *Una escuela con rostro humano* (Mexicali, Cetys-Universidad).
- PRADA, M. A. (2012) *Impactos de la crisis sobre la población inmigrante* (Madrid, Colectivo Joé).
- RIVAS, A. (2016) *Trabajo y pobreza: cuando trabajar no es suficiente para vivir dignamente* (Madrid, Ediciones HOAC).
- WEBER, M. (2002) *Economía y sociedad* (Madrid, FCE).